

# **Romántico Trastorno**

Arik Eindrok

Para mi eterno e imposible amor...

*Romántico trastorno,  
esa fracción de la irrealidad en la cual  
me puedo fundir unos instantes con tu boca  
y postergar la catarsis del suicidio*

## I

No obstante, antes del fin, antes del sublime amanecer suicida, debo confesarte que me enamoré como un pobre loco de ti, aun sabiendo que solo existías en mí. Sí, solo estabas ahí en imaginación más retorcida, en mi soledad más recalcitrante y en mi muerte más soñada. Pero, al fin y al cabo, no eres más que la culminación de mi agónica locura, pues jamás pude, ni en mis más violentos esfuerzos, tocarte. Y jamás podré, por más que lo intente, rozar tu alma hermosa y delirante.

Eres como una dulce y suave luz, tan pura y sagrada, y que me da esperanza en este infierno absurdo que es la vida.

Y, si un día de estos, me atrevo a robarte unos besos, ¿dirías que es incorrecto? O ¿tan solo vivirías lo mágico del momento?

Tal vez tu boca esté ahora sobre los labios de alguien más, pero no importa, pues tú eres ya por quien aún late mi triste corazón suicida.

¿Cómo alejarme de ti cuando eres el único motivo por el que aún respiro? ¿Cómo hacerlo cuando el inefable melifluo de tu voz es lo único que quiero escuchar todo el tiempo en este sacrílego sinsentido donde pretendo que existo?

Algún día quizás entiendas lo mucho que me gustabas, aunque sea en otro universo, en otra dimensión, en otra vida.

Un inefable momento donde el tiempo y el espacio nos fueron ajenos, un tragicómico parpadeo de felicidad al que no pertenecemos.

Y, algo que comenzó como lo mejor de mi vida, impregnado de sensaciones tan misteriosas y embriagantes, se convirtió en una tragedia desproporcionada, y terminó siendo un absoluto desastre del cual no pude escapar con el corazón ileso. Y entonces supe que solamente el suicidio me haría olvidar para siempre el sabor de tus besos.

Y, cuando te vi por vez primera, supe que era entre tus etéreos brazos donde quería vivir y morir eternamente.

Eres como una adicción, pero una demasiado destructiva. Ni siquiera en el alcoholismo, las drogas y el juego había encontrado tan peligrosa atracción. Y, si no me atiendo pronto, corro el riesgo de caer hacia el abismo, de mandar toda mi vida al carajo, de destruirme en todo sentido tan solo por obtener un migaja de tu adictivo y suicida amor.

Y no quiero entender qué ocasionas en mi cerebro, lo único que sé es que, sin tus besos, ya puedo darme por muerto.

La manera en la que me haces sentir me deja más que perplejo, la forma tan natural en la que consigues desvanecer esta esquizofrenia suicida me desconcierta. Tienes, en tu inefable mirada, el elíxir que requiero para contrarrestar la agonía de mi miserable existencia, y de tu acendrada voz surge la luz para ahuyentar las demoniacas sombras de mi depresiva locura. Pero, sobre todo, tienes la magia para hacerme sentir yo mismo con tan solo uno de

tus catárticos besos, con tan solo uno de tus divinos abrazos, con tan solo tu compañía.

Nunca necesité nada de ti, pues tan solo estar a tu lado era todo lo que necesitaba para sentirme, por unos malditos instantes, tan estúpida y magníficamente feliz.

Déjame tan solo purificar mi corrompida alma en la extravagante sonrisa de tu alma. Solo abrázame unos segundos más antes de que nos separemos para siempre. Y, seguro estoy, podrás hallar razones para sonreír en los días venideros. Y, yo, un pobre diablo, hallará el valor suficiente para rajarse el cuello.

Ahora veo que antes de ti mi existencia no tenía el más mínimo sentido. Te has ido, todo es ya sombrío, apesta a muerte esta porquería que según es mi vida. Y, si antes todo era absurdo, ¿cómo llamarle ahora a tan triste, solitaria y putrefacta ironía?

El día que te conocí entendí que existía algo tan sublime y hermoso como el suicidio: tu compañía.

Me resulta demasiado intrincado entender este torbellino de contradicciones y sentimientos tan extravagantes que se apoderan de mi razón, que no me dejan pensar con claridad, y que, sencillamente, me instan a que esté a tu lado para apaciguar la agonía de mi triste y marchito corazón.

Odio pensar que ya se ha consumado, que ya es muy tarde para oponer resistencia. Pero incluso ahora la muerte ya no me parece tan bella comparada contigo, ni el suicidio me embriagaría tanto como el sabor de tus besos. Sí, odio todo esto, pues es muy invasivo pensarte tan infernalmente. Pero ¡maldita

sea! ¡Qué martirio tan deleitante! Me parece que ya es momento de aceptar que me enamoré de ti, y que eres todo lo que veo en este sinsentido que es la existencia humana.

Me encanta mirarte tontamente. No sé... Tal vez sea tu sonrisa sibilina, tu inefable mirada, tus cejas sensuales, tu cabello divino, tu boca adictiva, tus manos lozanas, tus caricias perfectas, tu alma sublime. Y, a pesar de todo lo anterior, no encuentro aún la razón exacta de por qué me encantas. Supongo entonces que debo decirte que, si no es contigo, ya no quiero estar vivo en ningún mundo. Y, si no es en tus brazos, ya no quiero nada de nadie más, ya no quiero volverme a enamorar jamás.

¿Por qué me gustas de esa manera tan delirante? Bueno, supongo que no sé con certeza qué responder, lo único que sé es que, cuando te conocí, sentí que eras la culminación de todos mis dolores, tristezas y obsesiones. Y, cuando te besé, entendí que, tal vez, nuestros corazones estaban destinados a palpar juntos hasta el amanecer suicida.

Cuando pienso en ti la existencia ya no se me presenta tan insoportable, la vida ya no me parece tan infame. Cuando pienso en ti encuentro el único motivo para continuar respirando: tus labios.

Tan solo quería que me abrazaras un poco más para sentir que valía la pena vivir un día más.

A veces, muy seguido, de hecho, tan triste y solo he llorado sin parar y me he embriagado por las noches únicamente para no aspirar todavía el inevitable aroma del suicidio.

La soledad de esta noche trágica me envuelve con las sutiles caricias del

suicidio.

Estado del uno al diez: cero. Sumamente cansado de derramar lágrimas por las noches, sumamente asqueado de soportar esta existencia un día más.

Porque cuando me miras con esos ojos tan resplandecientes me dejas con el alma alborotada y los latidos al máximo. Son tus ojos aún más bellos que la belleza misma en su máxima expresión.

Todo lo que quería era poder estar a tu lado, sin importar el modo. Todo lo que anhelaba era poder dormir entre tus brazos, sin importar cuántas noches. Todo el amor que siento por ti no es algo que pueda ser explicado en términos humanos, pero acaso en el más allá pueda ser consagrado.

No sé qué tienes tú que no tiene nadie más. Deseos suicidas muy intensos... Sí, eso puede ser. Tienes todo lo que me encanta de manera física, mental y espiritual... Sí, ¡eso es!

Y, cuando se hayan agotado todas tus opciones, siempre podrás buscarme. Seguramente te estaré esperando, pues incluso más indispensable que el suicidio me es el volver a abrazarte una vez más.

Y todo lo que quería se fue despedazando poco a poco. Y todos a los que quería se fueron yendo poco a poco. Y la mujer a la que amaba también se fue, dejándome con el corazón más que roto. Y la vida que tanto detesté también se irá esta noche cuando al fin el suicidio calme este ridículo alboroto.

Porque cada que estaba contigo sentía que la muerte podía ya no serme tan interesante, y, aun así, tuviste el atrevimiento de lastimarme.

Si todo lo que más amé en esta vida fueron esos instantes a tu lado, ¿cómo no me iba a suicidar cuando te marchaste dejándome ahí llorando, con el corazón hecho trizas, en pleno invierno, abrazando tus rodillas y suplicándote, con el orgullo más que acabado, que te quedaras solo una noche más.

Lo que alguna vez hice por ti jamás creí hacerlo por nadie. Lo que tú me hiciste a mí no se lo deseo a nadie. El daño fue letal, el suicidio lo único viable.

## II

Y, cuando te marchaste, me quedé únicamente con mi amarga soledad. Y así le fui perdiendo el gusto a las pocas cosas que aún me hacían permanecer aquí, pues todas estaban ligadas a ti, todos los susurros decían tu nombre, todos los espejos mostraban tu rostro, todas las canciones se entonaban con tu voz, toda la casa apestaba a ti. Y el único que vino en mi auxilio tras la lóbrega tormenta fue el reconfortante consuelo del suicidio.

Y pensar que imaginé tantas cosas contigo, que mantuve tantas ilusiones por tanto tiempo en mi ingenua cabeza. Hoy sé que todo aquello siempre lo anhelé en soledad, y eso es lo que más tristeza me ocasiona: haberme mentido demasiado, a tal punto que creí que tú sentías lo mismo.

La frialdad de esta noche no hace sino recalcar me la miseria en la que me hallo desde que te largaste. La cuerda que ahora anudo a mi cuello no hace sino liberarme de la fatal agonía que se apoderó de mi alma el último día que



me besaste.

Te amaría aun si tú me odiaras, pero ni siquiera eso llegas a sentir por mí.

Tú tienes toda mi atención, y yo ¿qué tengo de ti? Nada, además de fracturadas imágenes de lo que jamás podremos ser.

Ya ni siquiera se trataba de mí, pues me había perdido por completo en aquella historia que se llamaba “tú”. Sí, lo había dado todo con tal de significar algo para ti, y terminé significando nada para mí.

Vivía esperando la más mínima muestra de amor y cariño, pero solo de ti, pues ninguna otra estrella podría jamás igualar tu brillo.

¿Qué más me queda sin ti? Realmente nada, tan solo llorar, tan solo el sepulcral silencio eterno del suicidio.

De la manera en que yo te miro dudo que cualquier otro mortal lo haga, pues para mí tú eres lo más sagrado y perfecto que podría existir en este mundo.

Y, cuando me abrazas, creo que puedo sentir algo aún más supremo que el universo entero.

Besarte es ya todo lo que quiero, la única razón por la cual respiro, el único motivo por el cual sigo vivo. Besarte es como haber muerto antes de haber nacido, pues parece tan irreal y a la vez tan magnificante todo lo que me haces sentir con un simple roce de tus lozanos labios.

No te vayas todavía, tan solo tenme un poco de compasión. No sabes en lo que se convertirá a partir de ahora mi vida sin tu compañía: en el comienzo de la perdición que culminará con el vehemente aroma del suicidio.

No me interesa cuan enfermo y desesperado parezca mi discurso, pero lo único de lo que estoy seguro es de que, si esta noche te marchas, mañana yo ya no estaré más en este mundo.

Nunca, ni siquiera en mis más grotescas pesadillas, hubiera podido dilucidar un escenario más cruento y absurdo que este, pero supongo que así es como culmina una vida condenada a la tragedia y el ridículo. Es el primer día que soporto sin ti, y, ciertamente, no creo poder soportar esta primera noche si no es con la muerte sobre mis hombros.

Cuando te conocí pensé que podría ser feliz, pero luego entendí que, aunque te amaba, no podía estar junto a ti, pues solo la muerte podía satisfacer tus deseos, y yo no era sino un inútil pensador que moría por ti.

Tus cabellos parecen teñidos por los mismos dioses, pues lucen tan relucientes y sus tonos son tan bellos que podría admirarlos todo el día; más aún, quisiera permanecer recostado entre ellos toda mi vida.

Y, si hoy me suicido, ¿acaso importaría? Es decir, ¿a quién afectaría? Evidentemente a nadie, tal vez la única que se pondría triste no sería otra sino mi amarga soledad.

Creo que una de las peores sensaciones en la vida es la de no poder ya ni siquiera derramar una lágrima, pues el vacío en el interior es tan denso que simplemente nos entristecemos sin motivo y sin poder llorar ya.

Pensé que tú eras todo, creí en ti ciegamente y te mostré lo más profundo, tierno y frágil de mi ser. Entonces realizaste la maniobra perfecta para herirme y descuartizar mi razón. Sé que fue mi error haber confiado en ti, pero tan solo lo hice porque creí que, como yo, también tú llegarías a amarme, aunque es evidente que tan solo me confundí, me equivoqué tan estúpidamente, pues tú, en realidad, nunca me amaste.

Y, si te suplico de rodillas que te quedes conmigo solo un poco más, si corto mis muñecas frente a ti para demostrarte que mi sangre te pertenece, entonces ¿podrías besarme y abrazarme por última vez antes del siniestro fenecer?

Yo no hago cosas por ti porque tú me lo solicites, lo hago porque, para mí, tú eres todo. Sí, todo lo que yo adoro en este mundo vil, y todo por lo que yo daría mi vida hasta el fin.

Lo único que quería era ser abrazado por ti, pero, en lugar de eso, ahora solo serán sus brazos los que me envuelvan: los del suicidio.

Y, sin importar cuán mal me trates, yo seguiré ahí, a tu lado, esperando recibir las migajas de tu cariño, las sobras de tu comprensión. Lo haré por una simple y sencilla razón: porque te amo y a nadie en este mundo podría volver a amar como a ti.

¿Qué me hacen tus manos que, cuando me acaricias con tal ternura, me haces olvidar incluso a la muerte que por tanto tiempo he añorado?

Todo es complejo y, al mismo tiempo, banal. Todo es absurdo, solo la muerte es real.

Y, entre más intentaba vivir, más deseos de morir experimentaba.

No había ya nada en mí que me impulsara, había perdido por completo la voluntad de existir. Solo restaban un hartazgo extremo y una locura infernal que ya nunca de mí se iban, que de mi mente a cada instante se apoderaban.

Te adoro locamente, e, incluso, creo que hasta podría llegar a amarte. Pero no, tú tampoco puedes ayudarme, tampoco evitaras que el suicidio en sus garras me atrape.

Si se vive solo para sufrir y nuestra felicidad es tan jodidamente efímera, entonces ¿por qué no suicidarse mejor? ¿Por qué no aceptar que no hay una razón universal para existir?

Tal vez ese era el problema, que, en realidad, no quería estar aquí. Odiaba este mundo, a sus habitantes y a mí mismo. Sí, no podía soportarme ya ni un día más. Eso no era bueno para mi salud, pero todo hoy, gracias a la muerte, acabará al fin.

Paulatinamente todo se fue tornando aburrido, y todas las personas se alejaron. Y llegó el día en que no recordaba lo que era estar bien, en que había olvidado por completo la última vez que me sentí ligeramente feliz. Pero así siempre había sido mi realidad: triste y deprimente. Y la única que siempre secó mis lágrimas no fue otra sino mi amarga soledad.

Una lámpara vieja cuya luz es insuficiente, un par de pinturas extrañas que no logro entender. Algunas hojas esparcidas en el suelo, poemas y cartas que jamás pude entregarte. Y lo más irónico de todo: mi sangre escurriendo por mis muñecas, mi cuerpo ya frío, mi alma ya extinta.

Y, si no soy yo el amor de tu vida, permite, al menos, que tus inefables ojos

sean lo último que mi masacrada esencia contemple antes del suicidio.

### III

Abrázame tan fuerte como puedas, e intenta besarme si quieres, pues es muy probable que este sea el último réquiem antes de mi muerte.

Quizá no era bueno cortar un poco mis brazos y mis muñecas, o apretujar un poco la cuerda alrededor de mi cuello. Pero ¡vaya que era un gran desahogo! Y, en última instancia, ¿a qué más podía aspirar, en su infinita tristeza y su recalcitrante soledad, un pobre perdedor como yo?

El suicidio era todo lo que me quedaba, la única voz que aún me parecía susurrar algo sensato entre esta pestilente caterva de tontos. Y mis sueños, si acaso alguna vez fueron menos humanos, ya no eran míos, pues ahora solo soñaba con la muerte.

Y nuevamente me hallo envuelto en esta miserable condición, en esta extraña mezcolanza de sensaciones autodestructivas que he denominado *la desesperación de existir*. ¿Acaso será cierto que la realidad ya no es soportable, o es solo que mi cabeza ha decidido traicionarme?

Era mucha más agonía de la que podía tolerar, pero tampoco podía hacer nada para detenerte. Ahora te marchas para siempre, y yo me refugiaré en la indispensable sonrisa de la muerte.

Quisiera en verdad creer en un mañana, pero todo lo que puedo ya sentir es un vehemente deseo de perderme en el anochecer de la poesía más suicida.

Siempre fuiste mi locura favorita y, aunque no eras real, siempre te consideré mucho más adecuada que esta funesta realidad.

Y a veces aún me pregunto si toda mi tristeza en verdad será solo consecuencia de existir.

Y, cuando decidas al fin irte, no creas que trataré de hacer que permanezcas aquí. Ni tampoco creas que me voy a morir sin ti, pues muerto ya me siento. No, lo único que haré será llorar, llorar asquerosamente hasta olvidarme de que alguna vez existió una historia titulada “nosotros”.

El día más feliz de mi vida será, curiosamente, el día en que al fin ya no esté vivo.

Sí, desde el día en que te marchaste el abismo se apoderó de mí. Y es que, sin ti, incluso respirar se torna tan agónico y fastidioso.

“No te vayas, por favor...” Fueron las últimas palabras que, con incierta melancolía, salieron de mi reseca boca aquella tarde lluviosa en que solamente tu recuerdo quedó en esta casa derruida. Desde entonces, ¡ay!, apesta a muerte por doquier.

La melodía más triste invadía mi mente y despertaba una nostalgia incomparable. Con el arma dentro de mi boca aún creía, ilusamente, que existía una mínima esperanza. Sí, aún te esperaba como lo hice cada noche desde hace ya tanto. Mi mano temblaba, todo era brumoso... Y solo un quejido estridente, envuelto en sangre y sesos, quedó como reminiscencia de

mi pestilente existencia. Pero ¿sabes algo? Antes de morir lo supe: yo sí te amé.

Sus manos frías aún las siento en mi cuello, las paredes de piedra aún me muestran su reflejo.

Por las noches solía deprimirme un poco más que de costumbre. No sé qué me torturaba más: la idea del suicidio o saber que tú ya nunca volverías.

Pienso que tu espíritu todavía ronda por esos pasillos de fogatas mortecinas donde todo lo que hay son lúgubre recuerdos. Y, de vez en cuando, creo que hasta puedo vislumbrar la forma de tu rostro y la silueta de tu cuerpo arrastrándose hacia mí. Pero no, todo debe ser solo producto de mi retorcida imaginación, de esta vehemente sensación de querer besar nuevamente tus extintos labios.

Me hallo en la ebriedad otra vez, pero ahora ya ni siquiera puedo tolerarlo por más tiempo, ni tampoco quiero ocultarlo. Y es que no sé si podré volver a mi lóbrega habitación esta noche, pues solo la navaja espera por mí. Pero tampoco quiero estar aquí, pues miro a todos riendo tan despreocupadamente, disfrutando de una efímera felicidad de la que ya no puedo formar parte. Y sí, te pienso muchísimo más que nunca. Y sí, creo que es evidente que jamás voy a superar tu muerte.

Vuelvo ya, retorno a esta pocilga donde me ahogaré con la nostalgia que dejó tu viaje suicida. Y todo el sufrimiento se extinguirá dentro de poco, pues ¿qué es la vida sin el dulce y cálido resplandor que me brindaba tu existencia divina ahora ya fenecida?

El grito que se ahoga en mi interior es de tal magnitud que ningún silencio

podría acallarlo. La tristeza de existir hace sangrar mi corazón y, saber que tú ya no estás viva, me deja en un estado de inexplicable conmoción.

Sé que la muerte fue lo mejor para ti, pero ¿qué será de mí si no me atrevo a suicidarme esta noche? ¿Cómo es que te dejé partir sin estar seguro de que podía seguirte más allá de esta execrable realidad? No sé, creo que estoy divagando entre la locura y la eternidad.

Todo es complejo y, al mismo tiempo, asquerosamente banal. Todo es ridículamente absurdo en este cementerio de sueños rotos donde solo la muerte podría ser real.

Y, quitando el factor tiempo, podríamos decir que nunca hemos existido y que existiremos eternamente. No sé cuál de estas dos concepciones me provoca más náuseas y temor.

Era como una capa, pero una que cada vez se tornaba más pesada. Sí, como una sombra que me perseguía a donde quiera que fuera, sin importar si estaba solo o acompañado. Era como cargar un pesado saco de piedras que, irremediablemente, terminaban por doblegarme. Era como si una fuerza misteriosa me arrastrara hacia el abismo del que tan desesperadamente buscaba escapar. Sí, ¡qué monumental y poderosa era la fuerza de mi maldita depresión!

Sé que no podrían entenderlo, y creo que estoy tan cansado de intentar dar explicaciones. Ahora ya solo pido una cosa: déjenme suicidarme en paz, no vuelvan a negarme lo único que me queda para ser feliz.

Fueron realmente melancólicas esas últimas tardes lluviosas donde todo lo que había eran botellas, cigarrillos y pastillas. Y tan plácidamente me hundía cada



vez más en mi propia miseria existencial, en las memorias de esos días donde experimenté tan efímera felicidad a tu lado. Pero de nuevo estoy abajo, arrastrándome por el infierno y suplicando que la muerte venga en mi auxilio, que el suicidio funja como mi sombrío consuelo.

Explícale a mi mente y a mi corazón que jamás volveré a verte, y entonces te juro que no volveré a molestarte nunca, y que no te buscaré ni siquiera el día de tu muerte.

Lo más real en este mundo ominoso eran aquellas sensaciones negativas que me azotaban y me dejaban exhausto cada anochecer. Tristeza, melancolía, nostalgia, agonía, soledad... En fin, estaba ya tan consumido que ni siquiera me daba cuenta cuando mis lágrimas comenzaban a brotar.

Y, si no vuelves esta noche, entonces no vuelvas ya nunca, entonces solo devuélveme mi corazón tal y como estaba cuando me lo arrebataste sin piedad.

La marea oscura era todo lo que escuchaba ya, las olas que iban y venían, que arrastraban mi cuerpo con una facilidad que me fascinaba. El agua inundaba cada espacio de mi ser, la desesperación era jodidamente aterradora. Pero luego llegó la calma, sentía desvanecerme, perdía la consciencia. Y entonces supe lo hermoso que era dejarse caer sin oponer resistencia alguna, solo dejarse llevar por el agua, el agua que tan bien sabía, que sabía a muerte.

Todos decían siempre que era una locura que me quisiera morir. Yo les digo: ¿no es acaso también una locura vivir, especialmente sin un sentido?

Siempre terminamos por creer en algo, por abrazar alguna mínima esperanza dentro de nuestro ser, en la parte más profunda, incluso de manera inconsciente. Y, por muy patético o ridículo que nos resulte, es esto y no todo

lo exterior lo que evita que nos suicidemos al amanecer.

He hallado en la idea del suicidio más razones para no suicidarme que en cualquier otra ideología que promueva la vida.

El humano está aún muy ciego para comprender la belleza que encierra la muerte. Por eso le teme e intenta con tan inaudita desesperación evitarla el mayor tiempo posible. Pero realmente es la vida la que tendríamos que aborrecer con todo nuestro ser, pues la vida es solo un sufrimiento absurdo y siniestro donde lo único que hacemos es abrazar simulacros de felicidad que nos hacen olvidar la miseria de nuestra existencia, tan solo para querer permanecer siempre un poco más.

## IV

Dije que me mataría cuando te fueras, y mírame aquí de nuevo, en mi séptima reencarnación y aún sin poder olvidar el brillo de tus ojos ni el sabor de tus labios.

Creo que me rindo, es momento de claudicar. Debo aceptar que jamás podré olvidarte, que solo el suicidio me hará tan feliz como lo era cuando aún te interesaba abrazarme.

Por las tardes y las noches, especialmente si llueve, suelo creer que hay en el mundo muchas más personas tristes que felices, y así me siento un poco menos solo y deprimido, un poco menos suicida.

Hallaron aquel cuerpo en el sótano, llevaba ahí ya dos días. El sujeto, un supuesto poeta, se había colgado sin dejar ninguna nota. Una extraña y siniestra sonrisa en su rostro era todo lo que había quedado, como si hubiera disfrutado más esos instantes antes de morir que toda su intrascendente existencia. Y, cuando lo vi, solo pude exclamar, de manera casi melancólica, como deseando estar en su lugar: “¡qué afortunado!”.

No concibo mayor tristeza en esta existencia inmunda que la imposibilidad de suicidarme. Pero la vida se aferra a mí, aunque yo la desprecié y ame a la muerte. Tal vez solo soy un cobarde, tal vez solo me acostumbé a estar triste.

La sangre que escurría era todo lo que recordaba al despertar, la agonía había sido una experiencia realmente devastadora. Desperté en el hospital, con amigos y familiares mirándome con profundo desasosiego, con sus caras de imbéciles como si me hubieran hecho un favor. Entonces supe que había fracasado, y lo único que en verdad me molestaba era que me hubieran salvado. Sí, la verdadera agonía era saber que aún estaba vivo. ¡Maldición, otro intento de suicidio terminado en fracaso! Pero ya tendría otra oportunidad...

Injectarme esa sustancia en las venas me desconectaba, por unos míseros segundos, de la miserable realidad. También me alejaba momentáneamente de la asquerosidad que habitaba en mi alma, ahí en donde la luz no podía llegar. Pero, cuando el efecto pasaba, retornaba siempre a un lugar peor, a uno donde dejaba de reconocermé, donde ya ni siquiera podía sentir mi muerte.

Tu esencia me cautiva incluso más que la de la muerte, ¿acaso no es tal desvarío la prueba contundente de que estoy de ti locamente enamorado?

¿Qué es la existencia sino un absurdo pandemónium de ridículas y siniestras

contradicciones?

Y pensaba que tal vez ese era mi castigo, que no podía amar, no humanamente, no como todos los seres de este mundo vil. Y quizá tampoco podía ser amado, no realmente. Todas esas cosas del amor eran para la gente ordinaria, para la gente que se sentía a gusto en esta realidad funesta, y no para enfermos mentales como yo. A mí, pensaba con tristeza y deprimente melancolía, solo me quedaba ya una cosa por llevar a cabo: el suicidio.

Otra noche más culminada en fracaso, ahogado en alcohol, con sustancias ingeridas para distorsionar la percepción. Otra noche más sin poder morir, sin poder terminar con esta agonía que es la existencia. Y, tristemente, será otro deprimente amanecer más el que tendré que contemplar mañana cuando, al despertar, sabré que sigo vivo y todo me vuelva a atormentar.

Llovía, pero ya no era tan malo, no hoy que había decidido poner fin a este sacrilegio. Normalmente, los días lluviosos me deprimían aún más que la vida, pero hoy ya no. Incrustaré lentamente la navaja en mis venas y la sangre brotará, esparciéndose por las tuberías de la ciudad con ese sabor tan característico. Entonces todos allá fuera sabrán que alguien murió en plena agonía. Sí, todos sabrán que alguien se suicidó esta noche luctuosa, víctima de la desesperación que causa este mundo.

No creo poder seguir ni un día más así, necesito hallar un mínimo resquicio de equilibrio en mi ser, pero sé que es imposible. La realidad es algo que haría a cualquier ser sensato enloquecer, y especialmente a mí me ha hecho vomitar ya tantas veces que no quiero recordar más lo que fui ni lo que es la humanidad.

Y mi suicidio fue aún más deprimente puesto que no sentí nada, tal vez porque ya estaba muerto por dentro desde hace tanto.

Todo lo que explota en mi interior es exactamente lo que conjuga mi melancólica y devastada esencia en el exterior.

Bueno, no era tan malo si lo veía de ese modo: un día más vivo, pero, al menos, un día menos en este mundo absurdo y cruel.

Supongo que, en esas raras ocasiones donde podía asomarme un poco hacia la supuesta felicidad humana, era cuando verdaderamente me daba cuenta de lo hundido que me hallaba. Y cada vez me hundía más, pues cada vez me costaba más trabajo rebasar el borde. Era como si una fuerza desconocida se aferrase a mí e intentase, a toda costa, mantenerme ahí abajo. Y un día, cuando apenas vislumbré un poco más, decidí al fin mirar a la cara a la extraña entidad que tanto me hostigaba: era mi depresión, era yo mismo.

Para mí siempre serás especial, sin importar qué ropa uses, qué maquillaje te coloques, qué máscara te incrustes, en qué cuerpo reencarnes. Pues lo que amo de ti es tu alma, te amo a ti por encima de todo y de todos. Yo te amo más de lo que amaré mi muerte, y esa clase de amor es la más pura.

Y, cuando te marchaste, quería llorar con todo mi ser. No dejaba de temblar y mis labios ni siquiera se podían despegar. Pero terminé por aceptar tu partida, terminé por ahuyentar a mi amarga soledad hablándole de cuánto te amaba todavía. Y justo en dichas pláticas absurdas fue cuando descubrí lo feliz que era dejándote ser feliz con tu nuevo amor.

En esos momentos donde más abajo caes es también cuando más debes saborear tu propia miseria. La tristeza, más seguido de lo que pensamos, nos acaricia para mostrarnos la realidad desde una perspectiva más natural.

Y son tus ojos los que no consigo olvidar. Pero ¿cómo hacerlo? La verdad es que ni siquiera sé si quiero, aunque duela. ¿Cómo olvidar esos ojos fulgurantes donde se fundían mi vida y mi muerte?

Y no, ya no te amo. Y no, ya tampoco pienso en ti cada noche antes de dormir. Y ¡qué fácil es decirlo justo ahora, en absoluto estado de ebriedad y con más de tres cajetillas vacías!

## V

Era incluso más espiritual estar bebiendo vodka y fumando marihuana en soledad o con mi persona favorita que fingir hipócritamente que me interesaba obedecer un conjunto de falsas doctrinas o de ridículas normas sociales tan solo para cumplir los mandatos de intereses ocultos.

Ella dijo que ya no me amaba como antes, y yo no pude tolerar tales palabras... Espero que me perdones, aunque tal vez ahora ya no me escuches. Supongo que necesitaré mucho frío, mucho hielo o algo por el estilo. Por lo menos ahora podré contemplarte de aquí a mi muerte, y ¡cómo me encantaría preservar tu bello rostro intacto de aquí a mi suicidio! Tuve que hacerlo, no podía soportar que fueras feliz con otras personas. Yo te quería solo para mí, y ahora te tengo, aunque ya estés muerta.

Tengo un único problema: odio estar aquí, en este mundo cruel rodeado de extraños seres esclavos de sus impulsos y pasiones. Sí, odio existir, odio ser yo, odio todo.

Y es que aún trataba de sonreír, aunque por dentro me sintiera colapsado, aunque mi alegría hacía tanto tiempo que se había esfumado, aunque el suicidio era el único que me había consolado.

Matarse no es ningún crimen; al contrario, es más que necesario.

Las siluetas producían unos sonidos tremebundos, sus voces eran agudas y sus ojos apestaban a muerte. Los gritos que tan escalofriantemente imprimían en mi consciencia no dejaban lugar a dudas: en efecto, yo había enloquecido.

Ya no puedo más, creo que este es el límite de mis fuerzas. Es ahora cuando vendrá la tristeza para devorarme y entregarme, cual estúpido cascarón, al suicidio de mi último yo.

Se apagó el último resplandor de mi contrita alma, ya no puedo contemplar por más tiempo la falacia. Y mi garganta cruje mientras la sangre chorrea los grisáceos muros de esta pestilente habitación. Allá afuera todo sigue igual: absurdo y miserable. Pero aquí dentro, en este deprimente recinto yace ahora mi cuerpo, frío y endurecido, pues al fin he conseguido mi más añorado sueño: suicidarme.

Uno se aburre de vivir y se asquea del mundo demasiado pronto, pero al llegar a tal punto también corremos el riesgo de sufrir y agonizar durante años, pues pareciera que morir es, paradójicamente, todavía más difícil que seguir existiendo tan absurda y tristemente.

El lúgubre aullido me despertó, casi no puedo creerlo. No sabía por qué, pero había corrido como un demente rumbo al cementerio y había intentado desenterrar tu cadáver. Y sí, no lo voy a negar, quería ver una vez más tu rostro, ¡ay, ese precioso y blanquecino rostro! Pues eso, esperaba vanamente,

me daría el valor para esta noche, al fin, suicidarme con la esperanza de volver a verte en ese supuesto más allá del que tanto se especula. Pero vuelvo a fallar, vuelvo a ser débil, vuelvo a mi triste habitación, vuelvo a vivir... sin ti.

Volvería a ti las veces que fuesen necesarias. Te buscaría en cualquier realidad, sin importar cuán lejos estuvieses. Pero no, no recibo de ti ninguna señal. No tengo de ti nada más que un triste recuerdo de un amor tan intenso, pero imposible.

Vivir por obligación y soportar esta realidad blasfema es, quizás, aún más suicida que suicidarse.

Sube la dosis, aumenta la esquizofrenia. Bajo el reloj, la sangre se vacía. Intento respirar un poco más, pero viene la muerte y aspira todos mis deseos. Me corrompe la sombra incipiente, el mañana no suena ya para nada. Mi vida se esfuma, pero eso me agrada.

Gritando en el agujero, suplicando por un poco de compasión. Me derrumbo cada vez más, mis lágrimas ya ni siquiera puedo controlarlas. Cada día más deprimido, mi patética existencia me parece tan ajena. Me revuelco en las patrañas que otros me aconsejan tan solo para sentir que aún vivo: sexo, alcohol, dinero... Pero ¡nada me conmueve ya! Todo es tan trivial, cualquier cosa carece de sentido.

¿Qué podría ser más sublime, catártico y sincero que el hecho de suicidarse? ¿No es el suicidio lo más hermoso que pueda existir en este mundo podrido y sin sentido?

Me empujaba hacia abajo, me jalaba los cabellos. Mezclaba mi lengua con el polvo del infierno, luego trituraba mi cerebro y lo convertía en algo que ni



siquiera era de este mundo. Sus rostros pintorescos apestan y, cuando se retiran la máscara, no puedo sino regurgitar: son ellos, son los humanos los que me aterran.

Mi tiempo aquí está a punto de terminar. ¡Cómo desprecié esta existencia nefanda! Y ¡cómo saborearé hasta la última gota de ese divino elíxir: el suicidio!

Otro día más sumido en la amargura, consumido por elucubraciones que no tienen respuesta. ¿Qué más podía hacer? ¿Cómo aceptar que realmente nunca he tenido talento para nada? ¿Cómo intentar sonreír cuando la mayor parte de ti está hundida en la más sórdida miseria?

La existencia humana es, indudablemente, la mayor miseria que el más atroz y miserable desvarío haya podido esbozar.

Lo que realmente me pone triste el día de hoy, mientras contemplo el techo de mi habitación, es no haberme podido suicidar; todo lo demás no interesa.

Este mundo está corrompido en todos los sentidos. Y los seres que lo habitan no merecen otra cosa sino la muerte eterna.

¡Qué contradictorio me parece lo que me ocasionas! Estos deseos tan recalcitrantes de querer hacerte el amor toda la noche y de querer, al mismo tiempo, asesinarte.

No sabes cómo me hubiese gustado haber mirado tu hermosa sonrisa cada mañana, pero no, no era yo el indicado para contemplar la más magnífica obra de arte: tú.

Todo tendía a ello, cualquier acto estaba siempre infectado por sus malditas garras. Sí, todo lo que yo era y lo que hacía, todo lo que comía y lo que respiraba, todo lo que sentía y lo que ilusamente amaba. Sí, todo siempre estuvo bajo el influjo de lo absurdo.

La humanidad no debe continuar reproduciéndose. Es una tontería creer que algo de esto a lo que llamamos existencia nos pertenece y que podemos hacer con este mundo lo que queramos. En realidad, somos solamente dueños de la nada y lo único que podemos hacer para salvar el mundo es suicidarnos.

La muerte conserva dentro de sus misteriosas páginas una historia mucho más interesante que el monótono y miserable manuscrito que es mi vida.

La existencia carece de todo sentido por sí misma. Y siempre son los elementos externos y los incentivos del entorno los que nos hacen creer que todo lo que somos y hacemos tiene un fin determinado o algo parecido. Pero ¿no es esto mismo en sí un absurdo? ¿Cómo aceptar un sentido que siempre está condicionado al exterior y que no puede surgir desde lo más intrínseco de mi ser? Es más, ¿puede surgir algo realmente de mi interior que sea lo suficientemente convincente como para aceptarlo como un posible sentido de la existencia?

Vivir ya no significaba nada, respirar ya ni siquiera era importante. Todo lo que hacía, bien lo sabía desde hace tiempo, era tan solo dejarme llevar por el dulce aroma de la muerte.

Y pensaba que el suicidio sabía muy bien. Sí, sabía mucho mejor que cualquier comida, que cualquier mujer, que cualquier bebida. Pero, sobre todo, sabía mucho mejor que mi miserable y absurda vida.

El verdadero milagro de la creación es que una criatura tan asquerosa y páfida como el humano pueda llegar a creer que es lo más evolucionado y cercano a la perfección.

La mente de las personas hoy en día ya ni siquiera les pertenece, pues están tan consumidas por los elementos que la pseudorealidad ha encasquetado en ellos como para intentar razonar lo más simple.

Y la agonía de no tenerte esta noche, espero, será la clave para finalmente ejecutar mi última poesía: mi tragedia suicida.

## VI

¿Por qué los demás esperan algo de mí cuando ya ni siquiera yo espero algo de mí?

El sonido de los pajarillos aún lo percibo, aunque no sé si es real o no. También hay una profunda sensación de paz y de alivio que jamás, en los veinticuatro absurdos años de mi vomitiva existencia, experimenté. Y suenan las teclas de un piano al compás de los últimos latidos de este acongojado y frenético corazón. Me levanto, pero me doy cuenta de que ya no tengo un cuerpo, de que libre de esta condena existencial al fin soy. Y entonces volteó y me arrojó hacia ella sin pensarlo, entonces sonrió y me fundó con la sonrisa más hermosa de todas, la de la muerte.

Una vorágine de iridiscentes paredes es todo lo que miro ahora. Hay un ciclón donde se descomprime la naturaleza de mi ser, absurda por supuesto. Y el humo de un incendio me apresura para esparcir destrucción y sufrimiento. Y entonces me pregunto si valdrá la pena todo este caos blasfemo, toda la basura que aún debo soportar mientras el mundo más me enferma.

En realidad, es casi imposible entender por completo el sinsentido de la existencia, pues se necesita un razonamiento bastante pintoresco y excéntrico para ello. Y, además, las personas no están acostumbradas a abandonar su natural estado de mundanidad y estupidez, lo cual significaría el primer paso hacia la desesperación de existir.

¡Qué iluso aquel que cree que el sentido de la vida está en personas, lugares, trabajos, libros, materialismo, dinero, sexo, espiritualidad, familia, religión, guerra, poder, locura, poesía, filosofía, ciencia...! Pero más iluso aquel que sabe de este sinsentido y aún sigue con vida.

Y sí, no lo voy a negar por más tiempo. Entre tus piernas es donde experimento la mayor locura poética que pudiera existir para este miserable que ya se creía muerto.

Faltarían las palabras para denotar el constante flujo de devastación que atormenta mi alma, pues pareciera no tener nada que ver con este mundo, pareciera provenir de una dimensión todavía más insana.

La mejor manera de aceptar esta insana realidad es aceptar que este mundo ya se ha ido al carajo desde hace mucho tiempo.

Me molestaba el tiempo, pues no le veía sentido. Lo único que quería era exprimirlo, doblegarlo y asesinarlo, impregnarlo de mi dolor y hacerlo testigo

de mi suicidio eternamente.

Yo simplemente quise estar cerca de ti. Acepté todas tus condiciones, decidí caer en tu supuesta trampa. Jugué el juego que tú querías, exactamente como tú querías. Y, al final, veo que el único herido soy yo. Pero ¿sabes algo? Me encantó haberme enamorado de ti, y lo que por ti hice lo haría una y otra vez en cualquier otra vida.

Los pincelazos tan insípidos que aún plasma mi deplorable sombra en esta supuesta existencia ya no me convencen por más tiempo. Es el suicidio, de hecho, lo único que ahora añoro en cada maldito momento.

Al fin y al cabo, no importa el lugar, las creencias, las convicciones, las promesas, los valores, las costumbres, las tradiciones, la cultura ni las doctrinas, pues todas son y serán siempre esclavas del dinero y el sexo.

En este mundo es imposible un cambio, pues las estructuras de la pseudorealidad están perfectamente diseñadas para que las masas adoren su esclavitud y los gobernantes obedezcan órdenes y apliquen leyes que convienen a intereses más oscuros y turbulentos.

Acaso jamás sepamos quienes gobiernan realmente este mundo, si son o no humanos. Lo que sí sabemos es que este mundo y la humanidad deben ser exterminados.

Realmente es triste, pero cada vez me percato de que es más cierto: la raza humana es repugnante.

La verdadera guerra siempre es contra uno mismo. Y, por desgracia, es la que casi siempre perdemos.

Escribir letras es lo único que queda ya, pues las acciones están silenciadas por un mundo de tontos que aman sus propias cadenas.

Y, en fin, cualquiera que esté feliz que reflexione sobre todas las cosas malignas y deplorables que ocurren diariamente; eso le bastará para deprimirse toda la tarde.

Esta existencia no es algo agradable, más bien parece que estuviésemos ya en el infierno, y, muy probablemente, tengamos que estar en él eternamente.

Los únicos sentimientos que pueden imperar en quien ha comenzado a analizar esta miserable y putrefacta existencia son los negativos. Sí, todo en este lugar apesta a desperdicio y muerte.

La destrucción de la humanidad es algo que debe hacerse sí o sí si es que se quiere purificar este patético mundo que ahora no es sino una fuente eviterna de miseria y depravación.

Y ¿quién no querría suicidarse hoy en día al percatarse de la intrascendencia y la estupidez que impera en la mayoría de las cabezas vacías?

Pensar que mañana contemplaré nuevamente el amanecer es, con certeza, la cosa más deprimente que inunda mi ser.

Más páginas en blanco, más días recostado pensando en el suicidio. Ya ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que sonreí, cuando fue la última vez que me sentí aún vivo.

Si pudiera expulsarla de mí, arrancar sus pegajosas telarañas de mi alma, pero no. Creo que, incluso sin ella, ya no me sería posible continuar. Creo que estará conmigo hasta que decida poner fin a mis días, y me seguirá torturando sin parar. Estoy hablando, desde luego, de esta extraña condición melancólica y bipolar.

Y todo lo que siempre fui fue un fracaso, esa era mi condición por defecto. Y todo lo que siempre quise terminaba por arruinarse, entonces ¿para qué vivir así?

No sé si esta noche al fin decidiré matarme, pero si no, creo que entonces enloqueceré. ¿No es ese el único resultado posible al que conduce este mundo horrible?

Y la desesperación que este mundo causaba en mí ya ni siquiera la podía explicar. Era como si cada suceso me molestara, como si cada persona y lugar me asqueara, como si todo siempre tuviera impreso un matiz de absurdidad indescriptible. Entonces supe que, si no me colgaba pronto, podía olvidarme ya de mi cordura.

El acto de suicidarse no es para nada algo cobarde, no es un escape ni tampoco una salida fácil. Suicidarse tan solo es la consecuencia natural de la desesperación que causa esta existencia infernal en este infierno terrenal.

Entonces me alejé de todos por mi propio bienestar, porque sentía que, si pasaba más tiempo rodeado de esos seres que ambicionaban sexo, dinero y materialismo, lo único que querría sería morir ya.

Ese estado crítico en donde ya no la existencia no es soportable es un buen indicador de que el suicidio empieza a merodear nuestro ser.

Gracias al cielo que aún existe el suicidio, pues si no ¿qué sería de mí?

Realmente nunca tuve deseos de vivir, siempre me sentí agobiado y obligado a permanecer en este mundo vil. Por eso hoy, mientras plasmo mis últimos pensamientos, sonrío como nunca en toda mi vida, sonrío con la inefable sonrisa de la muerte.

## VII

Nada tiene el más mínimo sentido en esta existencia plagada de contrariedades absurdas y caóticas, infestada de los más inverosímiles sucesos y elementos. Matarse, según como yo lo veo, es lo único sensato entonces.

A tu lado, debo admitirlo, las cosas parecen un poco menos intolerables y absurdas. Y, si por casualidad llegásemos a suicidarnos juntos, ¡ay!, sería poéticamente perfecto.

Al final, nadie puede hacer la existencia de otro ser menos miserable; todo es solo un engaño para hacernos creer que la vida es bella y poder reproducirnos. Luego, cuando el mágico efecto desaparece, ya es demasiado tarde para remediar nuestros execrables errores.

Extraño cuando sentía ser yo mismo, pues ahora ni siquiera sé qué soy.



El amor humano no es sino una quimera lo suficientemente bien adornada de verdad como para hacer que dos seres engendren un tercero, y así continuar con este ciclo de estupidez y absurdidad infinito.

Sí, me quedé esperándote todos estos años. Seguía pensando en ti aun cuando sabía que tú ya me habías olvidado. Pero eso no fue un factor decisivo para que yo pudiera dejar de amarte. Y hoy, mientras sostengo la navaja y mi sangre escurre hacia la calle, sé que te amé no solo en vida, sino también en la muerte.

¿Qué tanto se puede oscurecer mi vida sin el bello sol que atisbo al reflejarme en tu mística mirada?

Y todo siempre fue así de sencillo: por ti. Sí, yo estaba para ti de la manera en la que fuese, pero tú no podías estar para mí de ninguna manera, pues ya alguien más había cautivado tu corazón.

Lo único que deseo antes de suicidarme es verte por última vez, pues quiero morir con esa magnífica sonrisa que solo tu contemplación podía ocasionarme.

Nuestros caminos no convergían, aunque sentía que nuestras almas estaban sincronizadas de alguna manera. Pero, si tú ya eres feliz a su lado, entonces yo seré feliz también, aunque puede que de desamor me muera.

¿Qué tenías tú que me encantó así? ¿Qué es eso que te hace ser tan especial para mí? ¿Por qué no puedo volver a sentir tantas cosas con ninguna otra persona? Tan solo es tu recuerdo el que me atormentaba al mismo tiempo que me ilumina, pues tan solo fuiste tú quien me sacó de la miseria existencial para luego hundirme en esta lúgubre tumba.

La existencia no era algo bello. No, para nada. Era más bien un constante estado de crisis y desesperación del cual únicamente el suicidio podía escindirnos.

¿Hasta cuándo aceptará el humano que todo lo que es y hace carece de sentido? ¿Hasta donde llegará ese sutil engaño que hace creer a las personas que sus miserables y patéticas vidas tienen un propósito?

En realidad, ya solo espero algo de la muerte. En la vida he perdido cualquier esperanza de un efímero bienestar.

Y paulatinamente aquellas disfunciones existenciales también envenenaron mi cabeza, arrastrándome de manera irremisible hacia mi naturaleza: el fracaso.

No entender a los demás, al fin y al cabo, no importa. Lo verdaderamente grave es nunca entenderse a uno mismo. Eso sí que es el comienzo de la locura más recalcitrante.

Y cada día que pasamos sin suicidarnos es una constante reafirmación de lo unidos que aún estamos, lo queramos o no, con esta vida asquerosa y trivial.

Y cada mañana los primeros rayos del sol no hacen otra cosa sino deprimirme, pues es la señal de que un nuevo día comenzará en mi vacía y pútrida existencia humana.

Hacía tanto tiempo que ya no podía sentir mi corazón, al menos en un plano que no fuera el onírico. Mis recuerdos habían sido fundidos con la esencia de la muerte y mis pensamientos con el cáliz del absurdo.

Ciertamente, jamás se puede escapar por completo de la pseudorealidad. Incluso la palabra escape parece una estúpida ironía, pues no hay ningún lugar a donde ir que no sea esta miserable realidad; al menos no mientras se siga con vida.

La muerte lo es todo, simboliza la máxima exégesis del sufrimiento en su algidez más extrema. Y la vida, pues bueno, la vida es la representación del mayor absurdo que cualquier pésimo dios pudiera haber concebido.

Por supuesto que te extraño, pero extraño más verte feliz, aunque sea sin mí, aunque sea a su lado, aunque sea lejos de aquí.

Todas las ideas únicamente apuntaban a eso, todas las percepciones ya no conseguían plasmarse en otros lienzos. Había tan solo una única manera de acabar con este sufrimiento existencial, y era la que siempre había colegido: el suicidio.

Ni todo el dolor que me causa tu partida sería suficiente para pedirte que te quedes, pues prefiero verte volar, porque amo tu libertad y sé que tu destino no está conmigo.

¿Con qué endemoniada rapidez puede apagarse el brillo de tu mirada cuando la persona que crees amar ya no te ama? No existe magnitud que pueda cuantificar el dolor ni la intensidad.

Creía que la pseudorealidad tenía básicamente seis elementos para atraparnos a todos: la familia, el sexo, el amor, el dinero, el poder y, sobre todo, el apego a la vida terrenal.

Creo que, en mayor o menor medida, debe evitarse el contacto con la mayoría

de los seres, pues lo único que saben hacer es envidiarnos y entorpecer nuestro camino.

Y seguía llenando páginas en honor a una persona que jamás estaría con él, pero eso no le importa, pues su amor no estaba condicionado a lo que de ella pudiera recibir a cambio. Y esa fue la sensación más pura que alguna vez experimentó de amor.

Hoy me percató de lo difícil que resulta amar a alguien, mantener encendida esa flama que tanto nos emociona. Tal vez es solo que yo no puedo ser como el común de las personas quienes se enamoran y aman fácilmente. No, yo debía sufrir, saborear cada gota de esa insana desesperación, coquetear con la muerte cuando el amor ya no pudiera mantenerme en esta absurda prisión.

La humanidad entera debe ser exterminada, no hay realmente otro camino por seguir si se pretende cambiar el mundo.

Cualquier actividad o emoción ya no significa nada para mí. Tal pareciera que he perdido la capacidad de sentir, de amar, de odiar, de vivir. Estoy al borde del colapso, del suicidio sublime. Estoy deseando nunca haber existido, nunca haber tenido consciencia de ser yo.

¿Qué más podría quedarle a un espíritu que se ha secado desde dentro que no sea la locura o la muerte?

Todavía recuerdo tus hermosos ojos, y creo que una extraña melancolía invade mi ser. Sé que han pasado años desde nuestro último encuentro, pero ¿sabes algo? No quiero morir, no aún, no sin que antes pueda volver a verte.

## VIII

Conquistando cada oquedad en mi ser se presenta la sombra más apabullante. No solo me imposibilita de plasmar mi sufrimiento, sino que me hace tragarlo sin remedio. Sí, es realmente difícil lidiar con ella, es una tragedia desproporcionada saber que soy y seré esclavo de mi propia miseria. Pero no puedo hacer otra cosa, no puedo escapar de mí mismo. No puedo hacer que se vaya, no lo toleraría. Si tan solo hubiera otra alternativa para contrarrestar mi sórdida agonía. Pero es fuerte, sí, mi depresión es mucho más fuerte de lo normal.

¿A quién quiero engañar? Todavía pienso en ti, y tu recuerdo es la única razón por la cual aún sonrío. Y volverte a ver es la única razón de que siga vivo, de que aún no me haya deleitado con el dulce sabor del suicidio.

A veces escucho muchas voces en mi cabeza que me incitan a la depravación o a la sublimidad. ¿Podré contrarrestarlas siempre? ¿No crecerán y se apoderarán de mi consciencia mientras yo duerma? No sé, pero me espanta lo que me susurran, me paraliza lo que me piden hacer.

Parece que mis sentimientos se hayan congelados, pues me siento más como una marioneta que como un ser pensante.

Ese es, acaso, el efecto de aquellas pastillas que debo ingerir para sentirme un poco menos trastornado: al anhelo suicida.

Y, cuanto más te extraño, más convencido estoy de que no volverás a mí antes

de mi muerte.

El mundo ya se debe terminar. No importa qué justificación se dé, es evidente que este conglomerado de miseria y putrefacción no puede continuar así.

Solo hay una cosa que quiero escuchar antes de morir: los últimos latidos de tu corazón.

Parece mentira, pero es muy real: a la humanidad le basta con creer en algo que nunca existió para creer que cegarse y entregarse a la banalidad.

Sí, te esperaré y te amaré hasta que el suicidio me arrope con su calidez, hasta que la muerte hunda sus garras en mi alma y hasta que fallezcan en mi interior estos insanos deseos por volver a besar tus labios.

No voy a negar que te amaba, pero también deseaba matarte. Y esa maldita dualidad es la que ahora me tiene besándote mientras me empapo con tu sangre.

Los días son tan monótonos, la realidad tan horrible y mi vida tan absurda. ¿Qué más podía hacer sino suicidarme?

Realmente la realidad ya no es soportable, ya no queda nada qué experimentar ni averiguar. El mundo es un asco y los seres que lo habitan deben ser erradicados cuanto antes.

Y más comúnmente de lo que pensamos las personas nos estorban más de lo que podrían ayudarnos.

La verdadera fortuna de la vida es que exista el suicidio. Lejos de eso, creo que todo lo demás no significa ya nada.

Y pensar que en algún momento quise cambiar este mundo horrible. No sabía lo ingenuo que era en ese entonces, pues ahora lo único que quisiera es destruirlo todo, incluyéndome.

Odio este mundo, detesto esta realidad, aborrezco a la humanidad y quiero morir cuanto antes. ¿Eso da una idea de la desesperación que inunda mi ser diariamente?

Además de la locura y la crápula, ¿qué más queda si no es el suicidio? Creo que nada, al menos para un vil demente como yo.

Es natural perder la fe en el mundo, en la humanidad, en uno mismo... Es entonces también natural que solo el suicidio pueda consolarnos.

Y entonces la niña se preguntó dónde estaba dios cuando su padrastro abusaba de ella y la maltrataba.

Ver noticias me parece la mejor manera de ver cómo el mundo se pudre feliz y lentamente.

¿De qué servirá rezarle a dios? Creo que sería mejor pedirle que este mundo se acabara, a ver si eso sí se atreve a hacerlo.

Me pregunto si de verdad existirán seres superiores, pues lo que mis ojos ven diariamente en las calles me hace pensar todo lo contrario.

Y cómo quisiera de verdad desaparecer cuanto antes, no volver a saber de mi existencia carcomida nunca más. Pero lo realmente triste es saber que, pese a todo, ya existí y ese recuerdo en la pseudorealidad no se diluirá jamás.

La pseudorealidad no se conforma con fracturar nuestros sueños y exprimir nuestras mentes, sino que también toma lo poco de nuestra esencia real para mezclarla y arrebatarnos nuestra individualidad.

Quisiera poder abrazar los tenues y exquisitos brazos del suicidio cuanto antes, pero aún no, aún debo soportar esta existencia infame en este mundo deplorable un poco más.

Quien no se mata sabiendo que todo es absurdo es realmente el ser más absurdo que pueda concebirse, algo así como yo, pues su sufrimiento solo se irá incrementando día con día.

Permanecer en este mundo sabiendo del sinsentido que impera en todo únicamente tiene un camino al que arribar: la locura.

Y pareciera que el estado natural de la humanidad es la estupidez y la esclavitud (mental), pues se regocija espléndidamente en tales condiciones.

Desviarse del estado común que reina entre los seres de este mundo abyecto es peligro, extremadamente destructivo y peligroso, de ahí que la mayoría prefiera una falsa comodidad renunciando a su individualidad.

Y todo lo que quería era contemplar las estrellas junto a ti, pero ahora me toca aceptar que jamás estarás junto a mí, que nuestra historia es solo un absurdo más.



Definitivamente el límite son los treinta y tres. Si uno no se suicida antes de esa edad, se corre el riesgo de quedar atrapado en la pseudorealidad por mucho más tiempo, y eso sí que sería sumamente lamentable.

Y sí, había cierta sensualidad mística en aquellas mujeres con tacones grandes y vestidos cortos, pues significaban un refugio para mi compungida alma. No obstante, conforme mi mente se fue deteriorando, incluso aquellas bocas hermosas no podían ya mitigar el absurdo de la existencia.

## IX

Lo peor de todo es que aún hay millones de seres adoctrinados que siguen creyendo en algo tan ilusorio como el amor y la felicidad.

Y es que a veces me aterra pensar que ni muriendo podré escapar de la pseudorealidad, pues la muerte es todo lo que me queda por vivir.

La profundidad e inmutabilidad con que el absurdo se presenta en la existencia es la causa fundamental de la desesperación de existir, misma que tanto trastorna la percepción de quien consigue experimentarla en un nivel físico, mental y, acaso, espiritual.

Y bien puede ser que todo lo que pensamos no sea sino una argucia más de la pseudorealidad para confundir nuestra intuición. Por desgracia, en nuestro actual estado, tan limitado, lo único que podemos hacer es confiar en un

cúmulo de probabilidades más que engañosas.

Lo que verdaderamente me asquea es la seguridad con la que los humanos creen que sus patéticas vidas tienen un sentido; y, más aún, el atrevimiento con el que se reproducen y destruyen su alrededor.

No entiendo por qué debe existir un mundo como este. Si se reflexiona de manera profunda y sensata, no se encontrará ninguna razón.

Al final no tenemos certidumbre de nada, y esa es otra de las causas de la desesperación de existir; es la cumbre del absurdo en su máxima expresión.

Y es que ¿qué sentido tiene una existencia donde no hay algo que pueda ser comprobado contundentemente más allá de la percepción humana?

Las contrariedades de esta existencia hacen que mi cabeza divague demasiado, pero, de otro modo, sería tan solo un títere hambriento de sexo y dinero.

Al fin y al cabo, resulta imposible saber por qué el ser se aferra tan desesperadamente a la vida, siendo que esta carece de todo sentido y es una gran pintura de sufrimiento y decadencia.

Tal vez solo enamorarnos puede hacer que esa llama en nuestro exterior arda un poco más. Sin embargo, la magia se acaba más pronto de lo esperado, y entonces nos percatamos de cuán engañados estamos.

Los estratagemas de la pseudorealidad siempre tienen el nivel de complejidad suficiente para envolvernos a todos. De ahí que nadie, por muy decadente o espiritual que sea, esté exento de sus fauces.

Finalmente, el mundo es un asco, y eso sí que tiene sentido, pues es el mundo que merece una criatura tan patética y miserable como el ser humano.

No sabía cómo ni por qué, pero me encontraba en un estado tal que todo lo que percibía tenía impreso un matiz tal de absurdidad que únicamente podía ya pensar en una solución para frenar esta incipiente locura: quitarme la vida.

Y es que, de hecho, si el mundo fuera un buen lugar para vivir, aun así, terminaría siendo un infierno debido a la ingente caterva de podredumbre y estupidez de los seres que lo habitarían; o sea, la humanidad. Entonces volvemos de nueva cuenta a lo mismo: a un ciclo de absurdidad donde no tiene ningún sentido ni este mundo ni otro; al menos no mientras exista la raza humana.

Lo que pensaba era que mi vida era estúpida y siniestramente absurda, y, por ello, quería acabar cuanto antes conmigo. Necesitaba una cura, un remedio para aliviar definitivamente este mal llamado la existencia humana.

Lo mejor es no creer en ningún dios, así no se pierde el tiempo con absurdas peticiones.

El día que no exista pobreza, miseria, violaciones, guerras, narcotráfico, mafias y demás aberraciones que hoy en día ocurren más de lo que pensamos, pues ese día deberá ser también el día que ya no exista la humanidad. Solo así se me ocurre purificar este mundo infernal.

El humano es malvado por naturaleza, y no solo malvado, sino ruin, hipócrita, egoísta y mentiroso. Solo hay que analizar el mundo en el que se vive para comprobarlo.

Y son millones los que aún mueren de hambre y son físicamente esclavizados, pero claro, lo importante es encontrar vida en el espacio...

En esta existencia hay prioridades, y lo prioritario es matar al mayor número de humanos y luego suicidarse. Eso sí que sería una excelente obra de caridad.

Qué triste es seguir viviendo cuando lo único que quieres es cortarte las venas y olvidarte para siempre de ti mismo.

La existencia es algo siniestramente absurdo, pero algo que, por desgracia, debemos experimentar y sufrir sin saber por qué. Estamos inmersos en un pantano de horrores y contradicciones de proporciones incuantificables.

Ojalá pueda morir pronto, le rezaré a dios a ver si ese deseo sí lo puede cumplir.

La humanidad y este mundo ya no deben existir, y, quien piense lo contrario, es un ciego o un idiota.

Es sumamente deprimente existir en esta realidad, de eso no me cabe la menor duda. Y es aún más triste saber que aún no soy digno de mi único anhelo: el suicidio.

Esta existencia es como una prisión de la cual, probablemente, solo la muerte podrá liberarnos.

El suicidio es la última carta para escapar de esta repugnante realidad; la única, de hecho.

Y me parece que todavía podría amarte si te encontrase de nuevo, si tan solo de mi mente pudiera borrar el execrable recuerdo de tu boca sobre los labios de alguien más; recuerdo que no me ha permitido mantenerme cuerdo.

La mayor ironía de todas es que yo sí te amé, pues, pese a todo, siempre busqué tu libertad. En cambio, tú, ahora lo sé, lo único que deseaste siempre fue mi infelicidad.

La vida es más como una tragicomedia de mal gusto que realmente algo que se desee experimentar.

La existencia es tan solo un deprimente viaje por el infierno, pero uno que se debe pagar muy caro, que se debe sufrir sin siquiera desearlo.

Se supone que en este mundo infame la felicidad está determinada por el materialismo, el dinero, el sexo, el poder y demás zarandajas. Lo que me cuestiono es si realmente eso acerca mínimamente a la felicidad, y si lo más cercano a la felicidad no sería el ya no desear nada.

## X

Sí, así de paradójica había sido mi vida. Había consentido a varias prostitutas y había dejado ir a muchas mujeres que decían amarme.

Al fin y al cabo, es tan cierto: todos estamos solos. Y sí, el ser no necesita de nada ni de nadie para sentirse pleno.

La soledad es entonces uno de los estados más sublimes que el ser pueda experimentar, además de la locura y la constante idea de suicidarse. Lejos de eso, no quedan muchas opciones para escapar de la terrible realidad.

Nuestra percepción del mundo generalmente es muy limitada y frágil, pero lo suficientemente poderosa como para hacernos esclavos de esta existencia infame.

La manipulación de las masas no es un concepto novedoso, siempre ha existido, incluso desde épocas muy remotas. La novedad en sí es que los esclavos cada vez amen más su miserable y absurda esclavitud.

El mundo moderno es una estupidez, una gran babel de podredumbre y depravación, un vómito de las peores aberraciones. Y los seres que lo habitan son los seres más carentes de sentido y de alma.

Solo espero morir pronto, porque ya me siento demasiado aburrido de vivir. Necesito, claramente, un cambio de perspectiva.

Así termina nuestra historia, una que nunca tuvo un principio, pero sí varios finales. Y, tristemente, en ninguno de ellos convergían nuestros caminos.

Puede ser que existan tantas verdades como personas. Y puede ser también que, al final, todos estemos equivocados, pues, en realidad, no se puede tener certeza de nada. ¿No es ese entonces un motivo suficiente para desarrollar un sinsentido existencial que culmine con el suicidio o la locura?

Más poesía suicida para mitigar un poco el absurdo de la existencia. Más alcohol, piernas y pastillas que me hagan olvidar por unos momentos lo brutalmente intrascendente de mi vida.

En efecto, aquel hombre tenía razón cuando me decía que debía recurrir a las prostitutas como mínimo dos veces por semana.

Definitivamente sí, las mujeres más hermosas, no solo en cuerpo sino en mente y en espíritu, son y serán por siempre las mujerzuelas. De hecho, creo que valen mucho más que cualquier sacerdote, presidente o empresario.

Veía formas raras en mi cabeza, formas que no podrían existir en este mundo donde la realidad estaba limitada a tres dimensiones. Y aquellas formas comenzaron luego a susurrarme extraños lamentos de muerte y destrucción. Entonces, cuando quise frenarlas, habían tomado el control y, cuando volví a mí, descubrí que había asesinado a mi familia. Pero de verdad se los juro: ¡no fui yo!

Escribir era lo único que despejaba un poco mi trastornada mente, pero solo un poco, pues la delirante esquizofrenia que constantemente me apabullaba no cedía terreno. No obstante, creo que incluso eso era mejor que ser uno más de esos que andaban por ahí sin cerebro.

Lo que más se niega es en el fondo lo que más se desea cometer. De ahí que, en las sombras, la mayor parte de la humanidad cometa tantas depravaciones mientras en el exterior fingen cumplir las absurdas normas sociales y morales por miedo al rechazo o cualquier otra estúpida razón. Y así se explica también gran parte de las aberraciones del mundo moderno.

Y los seres que más niegan su propia naturaleza abyecta son quienes más se reprimen y quienes, a su vez, más depravaciones cometen en la oscuridad; ahí donde pueden ser ellos mismos sin temor a la represión social.

Lo que realmente me pone triste es que este mundo no se pueda terminar ya.

Creo que no soporto más esta realidad, necesito suicidarme cuanto antes o, sino, corro el riesgo de enloquecer y asesinar.

Tantas formas de matarme y aún sigo aquí, viviendo a pesar de sentirme forzado a hacerlo.

¿Qué quedaría del ser si se quitara las infinitas máscaras que se ha creado con tal de encajar en la sociedad y de agradar a los demás? Acaso nada...

La pseudorealidad desfragmenta los sueños de sus propios creadores para convertir su existencia en una pesadilla infinita de la cual no se busca escapar.

A veces veo a la pseudorealidad más como una entidad viviente que se ha salido de control y que ni siquiera el humano (su creador) podrá ya subyugar, pues ha adquirido consciencia propia y ha conseguido dominar a sus creadores.

Pero también es cierto que el mundo actual es, en gran medida, un reflejo de lo que es el humano: un amasijo de putrefacta miseria y de egoísmo sin fin.

La percepción humana es tan limitada y pobre que ni siquiera sabemos aún si de verdad existimos o solamente somos una triste y carcomida ilusión.



Puedes mentirle a pocos mucho tiempo, puedes mentirles a pocos todo el tiempo, pero no puedes mentirles a todos todo el tiempo.

Lo realmente preocupante es mirar que las personas son cada vez más manipulables y, más aún, que aman ser manipuladas.

La gran interrogante es ¿qué no sería absurdo en este mundo infame plagado de criaturas nefandas llamadas humanos?

¿Qué hacer cuando la desesperación de existir golpea con toda la fuerza de lo absurdo? Irremediablemente la mente se fractura y la locura es entonces el mejor aliado, al menos hasta que el suicidio nos bendiga.

Quisiera ser especial para ti, pero, en lugar de eso, soy menos que nada.

¿Qué demonios hago en esta realidad horripilante rodeado de seres aún más horribles, adoradores de lo banal y lo intrascendente? Me siento perdido, y solo la muerte podrá satisfacerme de ahora en adelante.

Tú eres especial para mí, y eso no lo cambiará nada ni nadie, ni siquiera el absurdo ni la desesperación de existir. Tú eres la única razón por la que aún sigo aquí.

Ella corre muy lejos, intenta difuminarse en la neblina multicolor para que no la encuentre. Pero sé que la encontraré, sin importa dónde se esconda, sin importar cuanto se aleje de mí, sin importar si ahora me odia y me quiere ver morir.

Y es que lo único que me quedaba cuando este controvertido estado

melancólico-depresivo, el absurdo y la desesperación de existir golpeaban al mismo tiempo era llorar. Sí, lloraba profunda y largamente. Lloraba sin parar hasta saborear mis lágrimas que sabían a un sufrimiento puro y a una tristeza sin igual.

## XI

Tan solo necesitaba un motivo que fuera completamente cierto para poder soportar algo que percibía como completamente falso: la existencia.

Pobres humanos, moldeando sus cuerpos y alimentando sus mentes con supuesto intelectualismo. No pueden notar que su esencia está podrida y que su existencia carece de todo sentido.

Algunos me dicen que soy muy pesimista, y yo les contesto que, si realmente lo fuera, ya no estaría con vida. Soy tan solo un optimista fracasado, creo.

Tan solo intentaba que entendieras mi dolor, que sintieras un poco de la agonía que acribilla mi ser diariamente al no poderme matar.

Todo este mundo es una maldita farsa, una bestialidad sin límites donde imperan el sexo y el poder. Todo este mundo está condenado al olvido, pues debe tratarse del excremento de un dios frustrado.

La simpleza de la mayoría de las personas es algo típico, no es algo de lo cual

sorprenderse. En realidad, son pocos los seres que tienen algo que ofrecer y que, ciertamente, merecerían vivir de manera un poco menos miserable.

El que no tenga verdaderamente algo, que no sea material ni pasional, por lo cual podría matarse, entonces ese sí que merecería vivir. Pero ¿cuántos seres habrá así? Acaso ninguno...

Escucho el melifluido de tu voz, me solazo con la belleza de tu sonrisa, siento el roce de tus cabellos, pero sé que es un espejismo solamente, pues ya no estás más aquí. Yo te sepulté el mismo día en que decidiste besar a alguien diferente a mí.

Quien ama de verdad no teme dejar ir a esa persona; es más, hasta lo desea, pues sabe que no hay mayor prueba de amor que la sublime libertad del ser amado.

Yo estaba enfermo. Sí, estaba enfermo de existir, de vivir, de sufrir, de amar, de odiar, de mentir, de llorar, de reír, de escribir, de filosofar, de leer, de dormir, de matar. Sí, estaba enfermo de todo y a la vez de nada. La verdadera enfermedad era saber que yo era yo.

¿Puede existir algo más estúpido y absurdo que los presidentes y los sacerdotes? Sí, claro que existe: las personas que en ellos creen.

Y otra vez soy yo de nuevo, pensándote, añorándote y llorándote, mientras tú en sus brazos ríes y finges que eres feliz.

¡Qué locura! Tú con él y yo con ella, intentando separar nuestra convergencia, pero pensándonos cada noche más que al suicidio y extrañándonos más que a la inexistencia.

En el aspecto sexual todos deseamos siempre a un ser que no es el que amamos, sino uno que podemos detestar. Esa es la esencia de la sumisión del yo y la razón de que la infidelidad sea tan común actualmente.

La teoría de la sumisión del yo también implica que todos somos, por naturaleza, bisexuales, pero nuestras preferencias se cargan hacia determinado bando dependiendo del contexto social, moral y ético donde nos hallemos inmersos.

Cada vez me siento más intrascendente, pero supongo que es normal, pues, al fin y al cabo, ¿qué sería trascendente en esta realidad insana donde estoy condenado a permanecer hasta tener el valor de suicidarme?

El suicidio deja de ser una escapatoria y se convierte en una salvación cuando se hace tras una profunda cavilación donde se conjugan lo absurdo y lo terrenal para conforma la náusea que nos arrojará hasta sus dulces aromas.

El suicidio es la única alternativa cuando nos percatamos del absurdo que todo lo envuelve en esta irrelevante y patética vida.

La náusea de existir era todo lo que me conformaba, pues estaba ya demasiado hastiado de esta ridícula pesadilla llamada existencia humana.

Y es que para mí tus defectos no son tales, ni siquiera me parece que tengas alguno, pues, cuando me pierdo en el manantial de tu sublime mirada me parece estar observando al ser más perfecto.

¿Qué sentido tenía vivir? Ninguno en absoluto. Y ¿morir acaso tenía alguno?

Quizá no, y entonces ambas facetas del caos infinito eran más que inverosímiles y estrambóticas.

¿Qué sentido tiene continuar vivo ahora que te marchas? Te llevas contigo la ínfima porción de felicidad que pude experimentar en este mundo aciago y corrompido. Te llevas algo más que mi marchito corazón y que mi compungida alma, te llevas todo lo que soy.

Y creo que ya necesito morirme, lo necesito más que cualquier otra cosa, más que cualquier otro ser, más de lo que necesito respirar.

Es natural que los gobiernos prefieran embolsarse el presupuesto y destinar lo poco que resta a obras absurdas en lugar de construir hospitales, escuelas y parques en las zonas más marginadas.

Solamente soy un supuesto poeta deprimido, un filósofo del vacío, un fracaso absoluto, un androide paranoide.

Y así se van las ganas de todo, quedando solo la nada. Sí, la maldita nada en cuya esencia me deprimó y divago al experimentar lo absurdo de este mundo cada vez que despierto.

No hay nada relevante en mi vida, realmente ninguna sorpresa ni nada por lo que me sienta afortunado de existir. No, me pasa todo lo contrario: me siento inmerso en un mundo asqueroso y en una existencia carente de todo sentido, me siento abrumado por el absurdo y estoy desesperado por morir.

Los pasos del asesino eran cada vez más perceptibles, y su cuchillo se reflejaba en las paredes de mi alma, pero justamente quería que viniera y que lo encajara en mi vientre, pues esa era la única felicidad que desde hace tanto

añoraba.

Me preguntaba si las personas también experimentarían alguna vez esa profunda melancolía y esa incipiente agonía al considerar que todo podría ser intrascendente en sus vidas. Pero no, era evidente que esa clase de preguntas no eran las que un ser normal se haría. Tal vez simplemente estaba un poco más deprimido y loco que de costumbre.

Me planto frente al abismo y miro mi vida en un remolino de esperma y sangre, desde el comienzo hasta el fin, desde la tragedia hasta la felicidad, desde la vida hasta la muerte. Y entonces doy un paso, luego otro... Caigo, caigo hacia el punto de no retorno, pero me encanta.

Y voy caminando lenta y placenteramente hacia el sendero que me conducirá hasta el suicidio eterno, gritando como un loco y sonriendo ampliamente, pues al fin miraré de frente la sonrisa de la muerte.

Realmente hace tanto tiempo que me siento vacío, que no tengo inspiración de nada, que me repugna comer y despertar, que detesto a las personas, los lugares, las situaciones, el mundo entero. Realmente hace tanto que ya ni siquiera recuerdo estar vivo, que ya ni siquiera sé qué o quién soy.

Solo una cosa podría ya hacerme sentir ligeramente feliz: suicidarme y, luego, desaparecer por completo, desaparecer para siempre de cualquier mundo, realidad, dimensión o universo.